



OBRAS BREVES DE JACQUES MARITAIN



043-15

HUMANISMO CRISTIANO

Jacques Maritain

(Artículo publicado en 1942 en EE.UU, en Fortune Magazine, e incorporado en 1952 al libro 'El alcance de la razón')

I. La secularización de la imagen cristiana del hombre

Todo gran período de civilización está dominado por cierta idea peculiar que el hombre se forja del hombre. Nuestra conducta depende de esa imagen tanto como de nuestra propia naturaleza; trátase de una imagen que se manifiesta con rasgos nítidos y brillantes en el espíritu de algunos pensadores particularmente representativos y que, más o menos inconsciente en la masa humana, es sin embargo lo suficientemente vigorosa como para moldear, de acuerdo a su propio arquetipo, las estructuras sociales y políticas características de una época cultural dada.

En términos generales, la imagen del hombre que reinó en la cristianidad de la Edad Media se debía a San Pablo y a San Agustín. Esa imagen quedó desintegrada desde la época del Renacimiento y de la Reforma y se repartió entre un extremo pesimismo cristiano, que desesperaba de la naturaleza humana, y un extremo optimismo cristiano, que contaba más con el esfuerzo del hombre que con la gracia divina. La imagen del hombre que reinó en los tiempos modernos se debió a Descartes, John Locke, al Iluminismo y a Juan Jacobo Rousseau.

Aquí nos hallamos frente al proceso de secularización del hombre cristiano, que se llevó a cabo desde el siglo XVI en adelante. No nos dejemos engañar por el aspecto puramente filosófico de tal proceso. En realidad, el hombre del racionalismo cartesiano era una mente pura concebida de acuerdo a un arquetipo angélico. El hombre de la religión natural era un caballero cristiano que no necesitaba de la gracia, del milagro o de la revelación, y que era virtuoso y justo por su propia naturaleza buena.

El hombre de Juan Jacobo Rousseau era, de manera mucho más profunda y significativa, el mismo hombre de San Pablo transferido al plano de la naturaleza pura, era inocente como Adán antes del pecado original, ansiaba un estado de libertad y de bienaventuranza divina, y estaba corrompido por la vida social y la civilización, como los hijos de Adán por el pecado original. Ese hombre habría de ser redimido y liberado no por Cristo, sino por la esencial bondad de la naturaleza humana que era menester restaurar mediante una educación sin trabas y que debía revelarse en la Ciudad del Hombre de los futuros siglos, en una forma de Estado en el que “cada uno, obedeciendo a todos, continuaría no obstante, obedeciéndose a sí mismo”.

Este proceso no fue, en modo alguno, un proceso puramente racional. Fue un proceso de secularización de algo consagrado, elevado por encima de la naturaleza, por Dios, llamado a una perfección divina, y que vivía una vida divina en una frágil y cascada vasija, esto es, el hombre del cristianismo, el hombre de la Encarnación.

Todo esto significaba sencillamente retraer al hombre a la esfera del hombre mismo (humanismo antropocéntrico), manteniendo una apariencia cristia-

na mientras se reemplazaba el Evangelio por la razón humana o por la bondad humana, y en tanto se esperaba de la naturaleza del hombre lo que antes se había esperado de la virtud de Dios, al darse a sí mismo a sus criaturas.

En los albores de los tiempos modernos se le hicieron al hombre enormes, divinas promesas. Se creía que la ciencia habría de liberar al hombre y convertido en amo y señor de toda la naturaleza, y que un progreso automático y necesario lo conduciría a un reino terrenal de paz, a esa bienaventurada Jerusalén que nuestras manos construirían al transformar la vida social y política y que sería el Reino del Hombre, en el cual nos convertiríamos en los supremos gobernantes de nuestra propia historia y cuyos resplandores alentaron las esperanzas y las energías de los grandes revolucionarios modernos.

II. El hombre moderno

Si procurara ahora desentrañar los resultados últimos de este vasto proceso de secularización, describiría yo la progresiva pérdida, operada en la ideología moderna, de todas las certezas (provenientes ya de concepciones metafísicas, ya de la fe religiosa) que en el sistema cristiano habían dado fundamento y garantizado la realidad de la imagen del hombre.

La desgracia histórica consistió en el fracaso de la razón filosófica que, al hacerse cargo de la antigua herencia teológica con el fin de adueñarse de ella, se encontró luego hasta incapaz de sostener sus propios supuestos metafísicos, su propia justificación del hombre cristiano secularizado, y se vio obligada a degenerar en una negación positivista de esta misma justificación.

La razón humana perdió su facultad de aprehender el ser y sólo fue útil para la lectura matemática de fenómenos sensibles y para la constitución de las correspondientes técnicas materiales, campo del cual toda realidad absoluta, toda verdad absoluta y todo valor absoluto están, por supuesto, desterrados.

Señalemos por eso, lo más brevemente posible, que en lo que respecta al hombre mismo, el hombre moderno (me refiero al hombre, que se cree moder-

no, cuando en realidad está entrando ahora ya en el pasado) conocía verdades..., sin conocer la Verdad; era capaz de llegar a las verdades relativas y cambiantes de la ciencia, pero era incapaz y temeroso de alcanzar toda verdad supratemporal descubierta a través del esfuerzo metafísico de la razón, incapaz, asimismo, de alcanzar la divina verdad expresada por el Verbo de Dios.

El hombre moderno aspiraba a los derechos humanos y a la dignidad humana..., pero sin Dios pues su ideología fundaba los derechos del hombre y la dignidad humana en una voluntad humana semejante a la divina, e infinitamente autónoma, que cualquier regla o medición procedente de Otro podría dañar y destruir.

El hombre moderno confiaba en la paz y en la fraternidad..., sin Jesucristo, pues no tenía necesidad de un Redentor, ya que iba a salvarse por sí mismo, y porque su amor por la humanidad no tenía necesidad de basarse en la caridad divina.

El hombre moderno constantemente avanzaba hacia el bien y hacia la posesión de la tierra..., sin enfrentarse con el mal que hay en la tierra, pues no creía en la existencia del mal; el mal era tan sólo una fase imperfecta de la evolución que otra fase ulterior habría natural y necesariamente de trascender.

El hombre moderno gozaba de la vida humana y reverenciaba la vida humana, considerándola como algo dotado de infinito valor..., sin poseer un alma ni conocer el don de sí mismo, porque el alma era un concepto nada científico, heredado de los sueños de los hombres primitivos. Y si el hombre no entrega su alma a Aquel a quien ama, ¿qué puede dar? Puede entregar dinero, pero no puede hacer don de sí mismo.

En lo tocante a la civilización, el hombre moderno tenía en el estado burgués una vida social y política, una vida en común... sin bien común y sin obra común, pues, el objeto de la vida en común consistía tan sólo en la conservación de la libertad necesaria para gozar de la propiedad privada, adquirir riquezas y buscar placeres.

El hombre moderno creía en la libertad, sin tener dominio del yo o res-

ponsabilidad moral pues el libre arbitrio era incompatible con el determinismo científico; y creía en la igualdad..., sin justicia, porque también la justicia era una idea metafísica que había perdido todo fundamento racional y que carecía de todo criterio en la concepción moderna de la biología y de la sociología.

El hombre moderno cifraba sus esperanzas en el maquinismo, en la técnica y en una civilización mecánica o industrial..., sin tener ciencia para dominarlos y ponerlos al servicio del bien humano y de la libertad humana, pues el hombre moderno esperaba la libertad del desarrollo de las técnicas exteriores mismas, no de un esfuerzo ascético tendiente a lograr la posesión interior del yo. Y el que no posee las normas de la vida humana, que son metafísicas ¿cómo podría aplicadas al uso que damos a las máquinas? La ley de la máquina, que es la ley de la materia, se aplicará por sí misma al hombre y lo reducirá a la esclavitud.

En lo tocante, por último, al dinamismo interno de la vida humana, el hombre moderno buscaba la felicidad..., pero no tenía ninguna meta final a que tender, ni ningún arquetipo racional al cual adherirse; de manera que el concepto más natural y el motor más poderoso de nuestra vida, esto es, la felicidad, quedó desviado por la pérdida del concepto y del sentido de finalidad (porque la finalidad no es sino lo deseable, y lo deseable no es otra cosa que la felicidad). La felicidad se convirtió en el impulso mismo hacia la felicidad, un movimiento ilimitado y de nivel cada vez más bajo, y cada vez más estancado.

Y el hombre moderno aspiraba a la democracia..., sin tener que cumplir ninguna heroica misión de justicia y sin alimentar el amor fraternal de donde obtener inspiración. La más significativa conquista política de los tiempos modernos, el concepto de los derechos de la persona humana y de los derechos del pueblo, quedó así viciada por obra de la misma pérdida del concepto del sentido de finalidad, y por el repudio del fermento evangélico que obra en la historia humana; la democracia tendió a convertirse en una encarnación de la soberana voluntad del pueblo en el mecanismo de un Estado burocrático cada vez más irresponsable y cada vez más apático.

III. La crisis de nuestra civilización

Acabo de hablar de las infinitas promesas que fueron hechas al hombre en los albores de los tiempos modernos.

La gigantesca empresa del hombre cristiano secularizado alcanzó espléndidos resultados en todas las esferas, menos para el hombre mismo: en lo tocante al hombre mismo las cosas no salieron bien..., y esto no ha de sorprendernos. El proceso de secularización del hombre cristiano atañe sobre todo a la idea del hombre y a la filosofía de la vida desarrollada en los tiempos modernos. En la realidad concreta de la historia humana, se desarrolló parejamente un proceso de crecimiento y se alcanzaron grandes conquistas humanas, debidas al movimiento natural de la civilización y al impulso primitivo (impulso evangélico) enderezado hacía el ideal democrático.

Por lo menos, la civilización del siglo XIX permaneció cristiana en sus principios reales, aunque fueran olvidados o pasados por alto; en los restos secularizados contenidos en su misma idea del hombre y de la civilización; en la libertad religiosa - por más que se la haya trabado en ciertos momentos y en ciertos países -, que esa civilización conservó de buen o mal gradó; hasta en el mismo énfasis que al hablar sobre la razón y sobre la grandeza humana, los librepensadores de la época emplearon como arma contra el cristianismo; y, por fin, en el sentimiento secularizado que inspiró, a pesar de su ideología equivocada, mejoras sociales y políticas y las grandes esperanzas del siglo.

Pero la escisión operada entre la conducta real de este mundo cristiano secularizado y los principios morales y espirituales que le habían dado su significación y su consistencia interior, principios que llegó a ignorar, fue haciéndose progresivamente mayor. Así el mundo parecía viciado de sus propios principios; tendía a convertirse en un universo de palabras, en un universo nominalista, en una masa sin levadura. Vivía y perduraba por el hábito y la fuerza heredada del pasado, no por su propio poder.

Era impulsado hacia adelante, pero no por un dinamismo interior. Era un mundo utilitario, su regla suprema era la utilidad. Pero la utilidad que no

es un medio para lograr un fin de ningún modo es útil. Era un mundo capitalista (en el sentido que tenía esa palabra en el siglo XIX, que es el auténtico y crudo sentido), y una civilización capitalista capacitaba a la iniciativa individual para llevar a cabo enormes conquistas sobre la naturaleza material. Pero, como lo hizo notar Werner Sombart, el hombre de esa época no era ni “ontológico” ni “erótico”; es decir, que había perdido el sentido del Ser, porque vivía en medio de signos y por los signos; y que había perdido el sentido del Amor, porque no gozaba de la vida de una persona que trata a otras personas, sino que estaba sometido a la dura labor del enriquecimiento por amor del enriquecimiento en si.

A pesar de la ideología equivocada que acabo de describir y de la imagen desfigurada del hombre, vinculada a aquélla, nuestra civilización conserva en su substancia misma la sagrada herencia de valores humanos y divinos, debida a la lucha de nuestros antepasados por la libertad, a la tradición judeo-cristiana y a la antigüedad clásica, herencia que quedó sin duda penosamente debilitada en su eficacia, pero en modo alguno destruida en sus reservas potenciales.

El síntoma más alarmante en la crisis actual consiste en que mientras estamos empeñados en una lucha a muerte para defender estos valores, con harta frecuencia hemos perdido la fe y la confianza en los principios en que se funda lo que estamos defendiendo. Pues lo más frecuente es que olvidemos los verdaderos y auténticos principios y porque, al mismo tiempo, sentimos más o menos conscientemente la debilidad de esa ideología insubstancial que, cual un parásito, se alimentó a expensas de ellos.

IV. Engaños del marxismo y del racismo

Los grandes movimientos revolucionarios que reaccionaron contra nuestro mundo cristiano secularizado hubieron de agravar el mal y llevado a un punto culminante. En efecto, esos movimientos tendían a romper definitivamente con los valores cristianos. Aquí se trata de una cuestión tanto de oposición doctrinaria al cristianismo como de oposición existencial a la presencia y acción de Jesucristo en el seno de la historia humana.

Un primer movimiento continuó e hizo llegar a su punto culminante la tendencia de la razón secularizada, el “humanismo antropocéntrico”, en la dirección que siguió desde sus orígenes, es decir, en la dirección de las esperanzas racionalistas, constituidas ahora no ya exclusivamente como ideología filosófica, sino como una religión vivida. Este movimiento nace de desarrollar hasta sus últimas consecuencias el principio de que el hombre solo y por sí mismo es capaz de labrar su salvación.

El caso más puro de esta tendencia es el marxismo. No importa hasta qué punto puedan ser pesimistas algunos aspectos del marxismo. Lo cierto es que el marxismo permanece asido a ese postulado. El materialismo marxista continúa siendo racionalista en cuanto sustenta que el movimiento propio de la materia es un movimiento dialéctico.

Si el hombre solo y por sí mismo puede lograr su salvación, luego esta salvación no puede ser sino pura y exclusivamente temporal y ha de cumplirse sin la intervención de Dios y aun contra Dios; quiero decir contra todo lo que en el hombre y en el mundo humano conserve semejanza con Dios; esto es (desde el punto de vista marxista), semejanza de “enajenación” y esclavitud. Esa salvación exige renunciar a la personalidad, y que el hombre colectivo se organice en un cuerpo único, cuyo destino supremo es lograr el dominio de la materia y de la historia humana.

¿En qué se convierte pues, aquí, la imagen del hombre? El hombre no es ya la criatura de Dios hecha a su imagen y semejanza, ni una personalidad que posee libre albedrío y que es responsable de su destino eterno; ya no es un ser que tiene derechos y está llamado a conquistar la libertad y a realizarse a sí mismo en el amor y en la caridad. Es una partícula del todo social y vive en la conciencia colectiva del todo, de suerte que su felicidad y su libertad estriban en ponerse al servicio de la obra del todo. Este todo es en sí mismo un todo económico e industrial; su obra esencial y primordial consiste en lograr el dominio industrial de la naturaleza, en beneficio de ese mismo todo, que es lo único que presenta valor absoluto y que está por encima de todas las cosas.

Hay aquí una gran sed de comunión, pero se busca la comunión en la actividad económica, en la pura productividad que, considerada como el paraíso

y la única meta auténtica de los esfuerzos humanos, no es sino el mundo de una razón decapitada, no ya hecha para la verdad, sino inmersa en una tarea de demiurgo, destinada a producir y dominar todas las cosas. La persona humana queda así sacrificada al titanismo de la industria, que es el dios de la comunidad meramente industrial.

La razón racionalista se embriaga con la materia. Pero al mismo tiempo entra en un proceso de degradación. Y es así como en la visión del mundo que nos ofrece el materialismo marxista el superoptimismo racionalista viene a coincidir, en muchos aspectos, con otro movimiento debido a una tendencia espiritual diametralmente opuesta, que podría caracterizarse como una reacción extrema contra toda clase de racionalismo y humanismo.

Las raíces de este otro movimiento son pesimistas y corresponden a un proceso de animalización de la imagen del hombre, en el cual una metafísica informe se aprovecha de toda concepción errada y fundada en los datos científicos o sociológicos, para satisfacer un recóndito resentimiento contra la razón y la dignidad humana. Según esta tendencia mental, el género humano es sólo una rama, brotada por casualidad, en el árbol genealógico de los monos; todos nuestros sistemas de ideas y valores no son sino un epifenómeno de la evolución social del clan primitivo; o una superestructura ideológica determinada por los intereses de clase y las ambiciones imperialistas, estructura que enmascara la lucha por la vida.

Toda nuestra conducta aparentemente racional y libre, es una ilusoria apariencia, que emerge del infierno de nuestro inconsciente y del instinto. Todos nuestros sentimientos y actividades aparentemente espirituales, la creación poética, la devoción y la piedad humanas, la fe religiosa, el amor contemplativo, no son sino la sublimación de la libido sexual o una secreción de la materia. El hombre queda así desenmascarado y se revela la faz de la bestia. El carácter específico del hombre, que el racionalismo había esfumado en la espiritualidad, se desvanece ahora en la animalidad.

Sin embargo, el movimiento de que estoy hablando tiene sus fuentes reales en algo mucho más profundo, que comenzó a manifestarse a partir de la segunda mitad del siglo pasado: la angustia y la desesperación, tales como quedan

ejemplificadas en Demonios, de Dostoyevski. Al desenmascarar al hombre, se nos revela un abismo más profundo que el de la animalidad. Habiendo renunciado a Dios, por considerarse autosuficiente, el hombre perdió los rastros de su alma. Se busca a sí mismo en vano; revuelve el universo de arriba a abajo en un intento de encontrarse, pero sólo encuentra máscaras y detrás de las máscaras, la muerte.

Luego hubimos de ser testigos del espectáculo de una gran ola de irracionalidad, de odio a la inteligencia, del despertar de una trágica oposición entre vida y espíritu. Para superar la desesperación, Nietzsche proclamó el advenimiento del superhombre, de la voluntad de dominio, la muerte de Dios. Voces más terribles, las voces de una vil multitud cuya bajeza se nos manifiesta como un signo apocalíptico, gritan: ¡Basta ya de las mentiras del optimismo y de la moralidad ilusoria! ¡Basta de libertad y de dignidad personal! ¡Basta de justicia, de paz, honestidad y bondad, cosas que nos enloquecieron de dolor! ¡Cedamos a las infinitas promesas del mal y a la muerte bullente, a la bienaventurada esclavitud y a la desesperación triunfante!

El caso más puro de esta tendencia fue el racismo nazi. Se fundaba no sólo en una idolatría de la razón que culminaba en el odio de todo valor trascendente, sino en un misticismo del instinto y de la vida, que terminaba por odiar la razón. Según esta tendencia, el intelecto sólo servía para desarrollar técnicas de destrucción y para pervertir la función del lenguaje. Su demoníaca religiosidad procuró pervertir hasta la naturaleza misma de Dios y convertir al propio Dios en un ídolo. Invocaba a Dios, pero como a un espíritu protector ligado a la gloria de un pueblo o de un Estado, o como a un demonio de la raza. Un Dios que terminó por identificarse con una fuerza invencible latente en la sangre fue erigido contra el Dios del Sinaí, contra el Dios del Calvario, contra el Dios Uno, cuya ley gobierna la naturaleza y la conciencia humana, contra el Verbo, que era en el principio, contra el Dios de quien se dice que es Amor.

Aquí igualmente, el hombre ya no es la criatura y la imagen de Dios, ya no es una persona animada por un alma espiritual, dotada de libre albedrío, y responsable de un destino eterno. Ya no es una persona que posee derechos y que está llamada a conquistar la libertad y a realizarse a sí misma en el amor y en la caridad. Ahora la imagen desfigurada del hombre hunde sus raíces en un

pesimismo guerrero. El hombre es una partícula del todo político; pero para este todo colectivo ya ni siguiera hay un señuelo de felicidad, de libertad y de emancipación universal, sino tan sólo la fuerza y la posibilidad de realizarse a sí mismo sólo por la violencia. Aquí se busca la comunión en la glorificación de la raza y en el odio común a algún enemigo, en la sangre animal que, separada del espíritu, no es más que un infierno biológico. La persona humana queda sacrificada al demonio de la sangre, que es el dios de la comunidad de sangre.

No podemos esperar sino humana desesperación ya del comunismo, ya del racismo. Por una parte el racismo, fundándose en su base antirracional y biológica, rechaza todo universalismo y hasta quiebra la natural unidad del género humano, puesto que llega a imponer la hegemonía de una esencia racial llamada superior. Por otra parte, si es cierto que en la dialéctica de la cultura el comunismo es el estado final del racionalismo antropocéntrico, de ello se sigue que en virtud de la universalidad inherente a la razón - aun a la razón enloquecida -, el comunismo sueña con una emancipación que lo abarque todo y pretende sustituir la universalidad del cristianismo por su propia universalidad terrenal, por el universalismo de las buenas nuevas de la decepción, del terror y de la inmolación del hombre al dios ciego de la historia.

V. La idea de una nueva civilización cristiana

Si la descripción que tracé más arriba es exacta, resulta evidente que el único modo de regenerar la comunidad humana es volver a descubrir la verdadera imagen del hombre y realizar un intento definitivo por erigir una nueva civilización cristiana, una nueva cristiandad. En los tiempos modernos los hombres buscaron muchas cosas buenas siguiendo pistas equivocadas. La cuestión está ahora en buscar esas cosas buenas siguiendo pistas acertadas, y salvar los valores y las realizaciones del hombre, anhelados por nuestros antepasados, y puestos en peligro por la falsa filosofía de la vida del siglo pasado.

Debemos asimismo tener el valor y la audacia de proponernos realizar una gigantesca obra de renovación, de transformación interna y externa. Un cobarde se aparta de las cosas nuevas y retrocede; el hombre de coraje avanza y penetra en las cosas nuevas.

Los cristianos se encuentran hoy, en el orden de la civilización temporal, frente a problemas parecidos a los que sus antepasados tuvieron que hacer frente en los siglos XVI Y XVII. En aquella época, la física y la astronomía modernas formaban un todo con los sistemas filosóficos en pugna con la tradición cristiana. Los defensores de ésta no sabían cómo hacer la necesaria distinción; asumieron una posición tanto contra lo que había llegado a convertirse en ciencia moderna como contra los errores filosóficos que, como parásitos, se alimentaban a expensas de esa ciencia.

Fueron necesarios tres siglos para salir de este error, si es cierto que una concepción filosófica mejor ha determinado realmente que hoy nos hayamos liberado de tal equivocación. Sería desastroso volver a caer hoy nuevamente en parecidos errores, en el campo de la filosofía de la civilización. La verdadera substancia de las aspiraciones del siglo XIX, así como las conquistas humanas alcanzadas, deben salvarse, tanto de sus propios errores como de la agresión de la barbarie totalitaria. Hay que construir un mundo de inspiración genuinamente humanista y cristiana.

A los ojos del observador de la evolución histórica, una nueva civilización cristiana será bien diferente de la civilización medieval, aunque el cristianismo esté en la raíz de ambas. En efecto, el clima histórico de la Edad Media y el de los tiempos modernos son absolutamente distintos. Para decirlo brevemente, la civilización medieval, cuyo ideal histórico era el Santo Imperio, constituía una civilización cristiana “sacra” en la que las cosas temporales, la razón filosófica y científica y los poderes reinantes eran órganos subordinados o instrumentos de las cosas espirituales, de la fe religiosa y de la Iglesia.

En el transcurso de los siglos posteriores las cosas temporales fueron conquistando una posición de autonomía y éste fue en sí mismo un proceso normal. La desgracia estriba en que ese proceso tomó mal camino y en lugar de ser un proceso de distinción, con miras a lograr una mejor forma de unión, fue separando progresivamente la civilización terrenal de la inspiración evangélica.

La nueva era del cristianismo, si es que ha de sobrevenir, será una era de ajuste de aquello que fue separado; será la época de una civilización cristiana

“secular”, en la que las cosas temporales, la razón filosófica y científica y la sociedad civil gocen de autonomía y al mismo tiempo reconozcan el papel animador e inspirador que desempeñan desde su plano superior las cosas espirituales, la fe religiosa y la Iglesia. Entonces, una filosofía cristiana de la vida guiaría a una comunidad vitalmente y no decorativamente cristiana, a una comunidad con derechos humanos y con la dignidad de la persona humana, en la que los hombres pertenecientes a diferentes razas y a diversas formaciones espirituales trabajarían en una tarea común temporal que fuera realmente humana y progresista.

Finalmente, diría yo que, desde el fin de la Edad Media - momento en que la criatura humana, al despertar para sí misma, se sintió oprimida y deshecha en su soledad -, los tiempos modernos ansiaron una rehabilitación de la criatura humana. Buscaron esta rehabilitación en una separación de Dios, cuando debían habérsela buscado en Dios. La criatura humana aspira al derecho de ser amada, pero únicamente en Dios puede ser amada real y eficazmente. Hay que respetar a la criatura humana en su relación misma con Dios y porque todo - hasta su misma dignidad - lo recibe de Él.

Después de la gran desilusión determinada por el “humanismo antropocéntrico” y de la atroz experiencia del antihumanismo de nuestros días, lo que el mundo necesita es un nuevo humanismo, un humanismo “teocéntrico o integral” que considere al hombre en toda su grandeza y en toda su debilidad naturales, en la totalidad de su ser herido y habitado por Dios, en toda la realidad de su naturaleza, de su pecado y de su santidad. Tal humanismo reconocería todo lo que hay de irracional en el hombre, para hacerlo dócil a la razón, y todo lo que tiene de suprarracional, a fin de que la razón quede vivificada por ello, y de que el hombre sea accesible al descenso, en él, de lo divino. La obra principal de este nuevo humanismo consistiría en hacer que el fermento y la inspiración del Evangelio penetraran en las estructuras seculares de la vida; sería, pues, una obra de santificación del orden temporal.

Este “humanismo de la Encarnación” cuidaría de las masas, de los derechos de éstas a una condición temporal digna del hombre, y a la vida espiritual, y también atendería al movimiento que lleva a las clases trabajadoras a la responsabilidad social propia de su madurez. Tendería a substituir la civili-

zación materialista individualista y un sistema económico basado en la fecundidad del dinero, no por una economía colectivista, sino por una democracia “personalista cristiana”.

Esta tarea está ligada al esfuerzo que se cumple actualmente por defender la libertad de la agresión totalitaria y con una obra simultánea de reconstrucción, que requiere no menos vigor. Está asimismo vinculada a un completo despertar de la conciencia religiosa. Una de las peores enfermedades del mundo moderno, como hubé de señalarlo en un ensayo anterior (*‘Scholasticism and Politics’*, 1940, Capítulo I), es su dualismo, la disociación entre las cosas de Dios y las cosas del mundo. Estas últimas, las cosas de la vida social, económica y política, quedaron abandonadas a su propia ley material y alejadas de las exigencias del Evangelio. El resultado fue que cada vez se ha hecho más imposible vivir con ellas.

Al propio tiempo, la ética cristiana al no penetrar realmente la vida social del pueblo se convirtió - y téngase en cuenta que no me refiero a la ética cristiana misma o a la Iglesia, sino al mundo en su conducta cultural general - en un universo de fórmulas y palabras; y este universo de fórmulas y palabras quedó efectivamente subordinado, en la conducta cultural práctica, a las energías mismas de ese mundo temporal que está existencialmente separado de Cristo.

Además, la civilización moderna, que paga hoy muy caro los errores del pasado, da la impresión de verse impulsada por fuerzas contradictorias y ciegas hacia formas acusadas de miseria y de intensificado materialismo. Para sobreponernos a estas ciegas coacciones necesitamos un despertar de la libertad y de sus fuerzas creadoras, cosa que el hombre podrá lograr no por obra del Estado o de la pedagogía, sino por ése amor que fija el centro de la vida humana infinitamente por encima del mundo y de la historia temporal. En particular, el proceso de paganización de nuestras sociedades se debe a que el hombre cifró sus esperanzas únicamente en la fuerza y en la eficacia del odio, en tanto que para el humanismo integral, lo único capaz de dirigir la obra de regeneración social es un ideal político de justicia y de fraternidad cívica que, si bien requiere fuerza política y elementos técnicos, ha de estar inspirado por el amor.

VI. La verdadera imagen del hombre

La imagen del hombre del humanismo integral es la de un ser hecho de materia y espíritu, cuyo cuerpo puede haber surgido de la evolución natural de formas animales, pero cuya alma inmortal procede directamente de la creación divina. El hombre está hecho para conocer la verdad y es capaz de conocer a Dios como la causa del Ser por medio de su razón, y de conocerlo en su vida íntima, a través del don de la fe. La dignidad del hombre es la dignidad propia de una imagen de Dios; sus derechos, así como sus virtudes, derivan de la ley natural, cuyas exigencias expresan en la criatura el plan eterno de la Sabiduría creadora. Herido por el pecado y la muerte, desde el primer pecado cometido por su raza, pecado cuya carga pesa sobre todos nosotros, el hombre está hecho, por obra de Cristo, para convertirse en un ser de la raza de Dios, que viva por la vida divina, y está llamado a entrar en la misma obra de redención de Jesucristo, por medio del sufrimiento y el amor.

Llamado asimismo por su naturaleza a desarrollar históricamente sus potencialidades internas, al alcanzar poco a poco el dominio de la razón sobre su propia animalidad y sobre el universo material, el progreso del hombre en la tierra no es automático o meramente natural, sino que se cumple parejamente con la libertad y conjuntamente con la íntima ayuda de Dios; tarea en la que se ve constantemente trabado por el poder del mal, que es el poder que tienen algunos espíritus creados para infundir la nada en el ser, y que incesantemente tiende a degradar la historia humana en tanto que, con fuerzas mayores, las energías creadoras de la razón y del amor se renuevan y vuelven a encumbrarla.

Nuestro amor natural por Dios y por el ser humano es frágil; sólo la caridad recibida de Dios como una participación en su propia vida hace que el hombre ame eficazmente a Dios por encima de todas las cosas, y a cada persona humana en Dios. De esta suerte, el amor fraternal trae a la tierra, a través del corazón del hombre, el fuego de la vida eterna, que es el verdadero pacificador y que ha de renovar desde adentro esa virtud natural de la fraternidad, desatendida por tantos necios, que es el alma verdadera de las comunidades sociales. Al mismo tiempo la sangre humana es de infinito valor y debe derramarse a lo largo de todos los caminos de la humanidad “para redimir la sangre del hombre”.

Por un lado, nada en el mundo es más precioso que la persona humana, y por otro, el hombre nada expone de tan buena gana a todos los peligros y destrucciones como su propio ser; y esta condición es normal. El significado de tal paradoja es que el hombre sabe muy bien que la muerte no es un fin, sino un comienzo. Si considero la vida perecedera del hombre, ella es por cierto algo naturalmente sagrado, pero muchas otras cosas son más preciosas aún: el hombre puede ser llamado a sacrificarse por devoción a su prójimo o por cumplir con su deber hacia su patria. Además, una sola palabra puede ser más preciosa que la vida humana, si al pronunciarla un hombre desafía a un tirano, por amor a la verdad o a la libertad. Si considero la vida imperecedera del hombre, esa vida que lo hace “un dios por participación”, vida que comienza aquí abajo y que consiste en ver a Dios frente a frente, en el mundo nada hay más precioso que la vida humana. Y cuanto más se entrega un hombre, tanto más intensa se torna esta vida en su interior. Todo sacrificio de uno mismo, todo don de sí mismo supone, por mínimo que sea, un agonizar por aquel a quien amamos.

El hombre que sabe que “después de todo, la muerte es sólo un episodio”, está dispuesto a entregarse con humildad, y nada es más humano y más divino que el don de uno mismo, pues “más bienaventurado es dar que recibir”.

En lo referente a la civilización, el hombre del humanismo cristiano sabe que la vida política aspira a un bien común, superior a una mera colección de bienes individuales, y que sin embargo debe remitirse siempre a las personas humanas. El hombre del humanismo cristiano sabe que la obra común debe tender, sobre todo, a mejorar la vida humana misma, a hacer posible que todos vivan en la tierra como hombres libres y gocen de los frutos de la cultura y del espíritu. Sabe que la autoridad de quienes están a cargo del bien común y que, en una comunidad de hombres libres, son designados por el pueblo y responsables ante el pueblo, se origina en el Autor de la naturaleza y está ligada a la conciencia, siempre que dicha autoridad sea justa.

El hombre del humanismo cristiano aprecia la libertad como algo de que hay que ser merecedor; comprende la igualdad esencial que hay entre él y los otros hombres y la manifiesta en el respeto y en la fraternidad; y ve en la justicia

la fuerza de conservación de la comunidad política y el requisito previo que , hace posible que nazca la fraternidad cívica; se da cuenta tanto de la tremenda prueba a que el advenimiento del maquinismo somete a la historia humana, como del maravilloso poder de liberación que el maquinismo ofrece al hombre, si el brutal instinto de dominar no aprovecha las técnicas del maquinismo y de la ciencia misma, para reducir a esclavitud a la humanidad, y si la razón y la sabiduría son lo suficientemente fuertes como para poner esas técnicas al servicio de aspiraciones verdaderamente humanas y aplicarles las normas de la vida humana.

El hombre del humanismo cristiano no busca una civilización meramente industrial, sino una civilización íntegramente humana (por industrial que pueda ser en lo tocante a sus condiciones materiales) y de inspiración evangélica.

VII. El movimiento vertical y el movimiento horizontal en la vida del hombre

En lo que respecta, por último, al dinamismo interno de la vida humana, el hombre del humanismo cristiano tiene un Objetivo final: ver a Dios y poseerlo, y tiende hacia la perfección de sí mismo, que es el elemento capital de esa felicidad imperfecta, accesible al hombre en la existencia terrenal. De esta suerte, la vida tiene un sentido y un norte para él, y así puede avanzar por su senda sin titubeos, sin volverse y dejando de ser espiritualmente un niño. Esa perfección hacia la que él tiende, no es la perfección de un atletismo estoico, en virtud del cual un hombre se haría impecable, sino la perfección de amor, de amor a Otro, a quien el hombre ama más que a sí mismo y a quien aspira a unirse y a amar todavía más, aun cuando en el proceso lleve consigo imperfecciones y debilidades.

En esta perfección evangélica reside la libertad perfecta que ha de conquistarse mediante el esfuerzo ascético, pero que, en última instancia, es dada por Aquel a quien se ama, y que fue el primero en amarnos.

Pero este movimiento vertical hacia la unión con Dios y hacia la perfección de sí mismo no es el único movimiento comprendido en el dinamismo interno de la vida humana. El segundo, el movimiento horizontal, concierne a la

evolución de la humanidad, y progresivamente revela la substancia y las fuerzas creadoras del hombre en la historia.

El movimiento horizontal de la civilización, cuando tiende a sus auténticos fines temporales ayuda y fomenta el movimiento vertical de las almas.

Y sin el tránsito de las almas hacia su objeto eterno, el movimiento de la civilización perdería la carga de energía espiritual, de presión humana y de esplendor creador que la estimula y dirige hacia sus realizaciones temporales. Para el hombre del humanismo cristiano, la historia tiene un sentido y una dirección. La integración progresiva de la humanidad es también una emancipación progresiva de la miseria y de la esclavitud humanas, así como de las imposiciones de la naturaleza material. De manera que el ideal supremo a que ha de tender la obra política y social es inaugurar una ciudad fraternal que no implique la esperanza de que todos los hombres sean algún día perfectos en esta tierra y que se amen los unos a los otros con amor fraternal; pero alentará la creencia de que, el estado existencial de la vida humana y las estructuras de la civilización estén cerca de la perfección.

Y la pauta de esto es la justicia y la fraternidad..., ¿y a qué otra meta habríamos de aspirar sino a la perfección? Este ideal supremo es el ideal mismo de una auténtica democracia, de la nueva democracia, cuyo advenimiento esperamos. Ella requiere no sólo el desarrollo de poderosos elementos técnicos y de una organización politico-social firme y racional, en las comunidades humanas, sino también una filosofía heroica de la vida y el fermento interno y vivificador de la inspiración evangélica.

La comunidad debe ser fuerte, para poder avanzar hacia ese ideal. La inauguración de una vida común que responda a la realidad de nuestra naturaleza; la libertad que es menester alcanzar, y la fraternidad que debe constituir el centro de una civilización animada por virtudes más elevadas que las virtudes cívicas, todo esto define el ideal histórico por el cual puede pedirse a los hombres que trabajen, luchen y mueran. Contra los engañosos mitos erigidos por los poderes de la ilusión, es menester que nazca una esperanza mayor y más extensa, es necesario hacer una promesa más valiente al género humano.

La verdad de la imagen de Dios, tal como está naturalmente impresa en nosotros, la libertad y la fraternidad no han muerto. Si nuestra civilización lucha con la muerte, no es porque ella se atreva a demasiado y ofrezca demasiado a los hombres, sino porque no se atreve lo suficiente, o no les ofrece lo suficiente. Nuestra civilización revivirá, o bien nacerá una nueva civilización, únicamente si anhela, quiere y ama real y heroicamente la verdad, la libertad y la fraternidad.

